

no he oído nada de él; tengo una carta suya sobre mi mesa pidiéndome le envíe dinero y lamentando que mis versos tengan el verdadero aroma poético que se exhala de la *Reina Faery* de Spencer. Estoy muy complacido con él porque ha tenido el valor de decirme en una carta en que me pide dinero, lo poco que le gusta mi poesía. Si me hubiese alabado, conociendo como conozco sus creencias poéticas, hubiera tenido por cierto que sus alabanzas no eran sinceras.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres: 3 de Diciembre, 1842.

Querido Napier: Longman me aprieta seriamente para que consienta en hacer una reimpresión de algunas de mis revistas. El plan es aquel que usted conoce y yo he pensado, y que en virtud de una porción de consideraciones había desechado. Pero hay ahora circunstancias especiales. La edición americana está agotándose en la venta por mayor (1). Impedir la entrada en Inglaterra de los ejemplares americanos, valiéndose de medidas legales y no consentir que se publique allí una edición, sería odioso recurso y comparable á la conducta del dogo en el pesebre. En vista de esto me hallo muy inclinado á acceder á la proposición de Longman, y si la cosa se ha de hacer, cuanto más pronto mejor.

Estoy muy próximo á publicar una segunda edición

(1) En una carta subsiguiente escribe Macaulay: «La cuestión es ahora meramente ésta, si Longman y yo ó Carey y Hart de Filadelfia, tienen existencias suficientes para proveer al mercado inglés de estos libros. Los ejemplares americanos se han agotado por veintenas y se tomaron medidas para traerlos por cientos.»

de mis *Canciones romanas*, porque han tenido un gran éxito. Wilson á quien no he visto sino una vez á su mesa de usted ha procedido conmigo de un modo muy noble. No tengo costumbre de dar las gracias por las críticas favorables que hacen de mis obras, porque, como dice Johnson, en su *Vida de Lytleton*, tales gracias deben darse por la lisonja ó por la justicia. Pero cuando un gran enemigo político hace alabanzas calurosas de un trabajo que podía fácilmente despreciar con mofa astuta y recomendaciones frías; y por el contrario, si le parecía mejor, pasar en completo silencio, conviene decirle, me parece, que su cortesía y buenos sentimientos han sido justamente apreciados. Me creo por tanto realmente obligado á que usted cuando encuentre una oportunidad, pueda hacer conocer al profesor Wilson, que su conducta me ha afectado tanto cuanto una conducta generosa puede impresionar á un hombre también generoso.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Macaulay empleó las primeras semanas de 1843 en preparar la reimpresión de sus *Ensayos*. Encuentro después de pensarlo mucho rato—escribía á Longman el 25 de Enero—que el artículo sobre Bunyan, de la edición de Southey, debe ir en la colección; es el favorito de Disenter. Y añade: Pray omita toda mención de mi Prefacio. Este debe ser corto y sencillo, y no para anunciado de antemano, como trabajo importante y cuidadosamente hecho. El mundo no fué perezoso para dar al libro la bienvenida, y una vez dada, se precipitó sobre él, no obstante haber sido presentado tan de mala gana y sin ostentación alguna. Más de ciento

veinte mil ejemplares se habían vendido en el Reino Unido por un solo editor. Muchos más de ciento treinta mil ejemplares de ensayos separados se habían impreso en las series conocidas por el nombre de «Biblioteca del viajero», y no se alcanza esta cifra con una popularidad estacionaria ó que mengua. Entre los años 1843 y 1853, la venta anual del de Mrs. Longman de las ediciones reunidas, alcanzó un tipo medio de 1.230 ejemplares; entre 1853 y 1864, se elevó á un término medio de 4.700, y desde 1864, más de seis mil ejemplares, un año con otro eran vendidos anualmente. Los editores de los Estados Unidos tiraban ediciones que constaban de muchos miles de ejemplares; y en la India británica y en el continente europeo, estas producciones, que su autor califica de efímeras, son leídas con tanta codicia, y tan constantemente reproducidas, que tomando la totalidad del mundo, es posible que nunca salgan de las manos de los compositores de las imprentas. Su mercado, en su país natal, está tan asegurado y aparentemente tan inagotable, que de un modo perceptible cae y se levanta con la prosperidad general de la nación, y puede asegurarse que la demanda del libro de Macaulay varía con la de carbón. El éxito extraordinario de este libro, tan celebrado, no puede atribuirse tan sólo á su mero triunfo literario ó comercial, y no constituye un hecho insignificante haber despertado en cientos de miles de inteligencias el gusto por las letras y la estima de los conocimientos, y demostrado que en interés de su propia fama, no puede nunca el genio ser tan bien empleado como en el desarrollo cuidadoso y formal de temas serios.

Albany, Londres: 18 de Enero, 1843.

Querido Napier: Otro escrito mío está al presente

fuera de cuestión. Yo debo consagrar todos mis ocios á mi historia; y sin olvidar que si me separo del proyecto que me había formado, dejaré detrás de mí, de igual modo que el pobre Mackintosh, el recuerdo de un hombre que hubiera hecho alguna cosa si hubiese concentrado sus facultades en lugar de fragmentarlas. Aseguro á usted que si dependiera sólo del empleo de un día, escribiría fácilmente de todo para la Revista. Hay gentes que pueden trabajar sobre veinte asuntos á un tiempo. Southey escribía la historia del Brasil antes de almorzar, una oda después del almuerzo, la historia de la guerra peninsular hasta comer, y un artículo para el *Quarterly Review* al obscurecer. Pero yo soy de diferente temple; yo jamás escribo á gusto, hasta que mi asunto ha arrojado á todos los demás de mi cabeza, y cuando paso de uno á otro, pierdo mucho tiempo en la mera transición.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 19 Abril 1843.

Querido Napier: Puede usted contar con un artículo mío sobre la *Vida de Addison* por miss Aikin. Logman me envía los pliegos tan pronto como están impresos. Reconozco que estoy muy desanimado. Hay en la obra algunas cartas de Addison encantadoras que jamás se han publicado; pero la narración de miss Aikin es melancólica, superficial é inexacta. Sea que ella ha decaído mucho desde que escribió su primer trabajo ó que me he vuelto yo más exigente desde que no leo nada de ella. Tengo una historia singular que contar á usted. Me molestó mucho observar, en

una lectura verdaderamente apresurada de los pliegos un gran número de desatinos, algunos de los cuales desacreditan y todos ellos unidos serian fatales para el libro. Para darle á usted algún ejemplo, le citaré que la señora llamada Evelyne figuraba como sir John Evelyne; que trasladaba la iglesia de Cristo desde Oxford á Cambridge, que confunde Roberto Conde de Sunderland, ministro de Jacobo II, con su hijo Carlos, conde de Sunderland, ministro de Jorge I; que hace lo mismo con Carlos Montagne, conde de Halifax y Jorge Savite, marqués de Halifax y llama al marqués de Hertford, conde de Hertford y así por el estilo. He señalado á Longman los errores principales, advirtiéndole que los anote sin mencionarme y lo ha hecho así. La pobre mujer no pudo negar que mis observaciones eran justas, pero se quejaba amargamente á la vez del editor y de aquel mister Cualquiera que habia tenido la insolencia de hallar algunas faltas en su escrito. Al principio sospeché de Sedwich. Pero reconoce ahora que se ha equivocado en su conjetura aunque no creo que me haya descubierto. Puedo creer que esto ha sido un mal negocio para mí, que me ha separado de mi camino para salvar su libro de una ruina. Me alegro de saber que no obstante toda su imaginación, ella ha tenido el buen sentido de cambiar algunos pliegos á conveniencia de la crítica de este mister cualquiera.

La colección de mis revistas ha tenido un éxito completo. Logman me dice que pronto será necesario hacer una segunda edición. A pesar, del aplauso y el provecho, ninguno de los cuales desdeño, estoy apesadumbrado de que se haya hecho necesario publicar estos escritos de nuevo y coleccionarlos. Hay pocos entre ellos que yo lea con satisfacción, y aque-

llos pocos, no obstante, son generalmente los últimos, lo cual es una circunstancia consoladora. Las críticas más hostiles deben admitirse, yo creo, que he adelantado mucho como escritor. El volumen tercero me parece mejor que el segundo y éste que el primero.

Jeffrey está trabajando sobre su colección, que podrá ser deliciosa, no lo dudo, pero que me parece no ha de tener el encanto de la novedad, por lo que yo tengo leído y releído sus antiguos artículos que conozco de memoria.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; 15 de de Junio de 1843.

Querido Napier: Desconfío mucho de mi propio juicio acerca de lo que escribo, y no me sorprendería que usted y el público encontraran mi artículo sobre Addison una desdicha; pero reconozco que soy parcial para él. No está ahora más que á medio concluir, y necesito hacer algunas investigaciones antes de proseguir; pero ya tengo el resto en mi cabeza y escribiré muy rápidamente. Temo no poder reducir mi asunto á menos de 70 páginas; si á usted le parecen demasiadas, trataré de acortarlo.

Me molesta verdaderamente bastante hallar el libro de miss Aikin tan malo que me sea imposible alabarle con sinceridad. Todo lo que puedo hacer, es hablar cortesmente de sus escritos en general y expresar mi sentimiento porque ella haya decaído. He hallado, y quisiera atreverme á decirlo, no menos que cuarenta graves errores sobre materia de hechos en el primer volumen. De estos deseo apuntar quizá ocho ó diez tan cortésmente como me sea dable. Con todo, lo haré

aun contra mi sentimiento de censurar á ninguna mujer, y aunque lo haga con la mayor lenidad. Mis gustos y los de Croke no son, de ningún modo, los mismos. Yo no quiero comprometerme á hacer la revista de ningún libro de una señora sin conocer antes cómo está hecho.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 21 de Julio de 1843.

Querido Napier: Oigo á la generalidad opiniones favorables á mi artículo. Me agrada una cosa: es que usted ha asegurado que el «Ricardito» del *Viejo Whig* era apodo de algún actor cómico. Muchas gentes creen que arriesgo demasiado asumiendo así tan marcadamente la responsabilidad de una mera evidencia interna. Ahora, por un accidente singular, he hallado quién era el actor.

Un viejo apuntador del teatro Druvy Lane, llamado Chetwood, publicó en 1747 un pequeño volumen que contiene una relación de todos los famosos representantes que él recordaba, dispuesta por orden alfabético. Este pequeño volumen lo hallé uno de estos días pasados en un puesto de libros, en Holborn, y el primer nombre con que me encontré fué el de Enrique Norris, un comediante favorito del público, que era apodado Ricardito porque obtuvo su primera celebridad representando la parte de Ricardo en el *Trip para el jubileo*.

Añade que era muy pequeño. Se hallaba, pues, este personaje en la cumbre de su popularidad al mismo tiempo que se escribía el *Viejo Whig*. Convendrá usted

conmigo en que esto es decisivo. Estoy un poco vano de mi sagacidad, que yo realmente pienso que me habría conferido el «vir clarissimus» si hubiese recaído sobre algún punto capital del griego ó latín; pero estoy aún más contento por haber librado á Addison de un cargo injusto que había sido creído universalmente desde la publicación de las *Vidas de los poetas*. Tiene usted que hacer alguna objeción que inserte una pequeña nota sobre esto al fin del número inmediato. Diez líneas pueden bastar, y la materia es realmente interesante para todos los amantes de la historia literaria.

Los ministros están en la más envidiable situación como políticos, y por lo que se ve, todos los acontecimientos van contra ellos. El inmenso nombre del Duque, aunque ya sea tan sólo un «magni nominis umbra» les presta un gran servicio. Su aserción, aunque no sostenida por razones, salvó á lord Ellenborough. Su declaración de que se habían tomado precauciones suficientes contra una sublevación en Irlanda ha hecho renacer la calma en el público. Nadie puede sin peligro aventurarse á hablar en el Parlamento, con amargura ó desdén, de cualquier medida que él cubra con su autoridad. Pero tiene setenta y cuatro años y en su constitución muchos más aún. Su muerte será un golpe terrible para este pueblo. No veo razón para creer que la agitación de Irlanda pueda subsistir por sí misma ó que la muerte de O'Connell pueda aquietarla; por el contrario, temo mucho que su muerte sea la señal de una explosión. El aspecto de la política extranjera es sombrío. Las rentas están en desorden; el comercio en la indigencia y la legislación estancada. Los tories se han dividido en tres ó más fracciones, cada una de las cuales odia á las otras más que á los